



La Pitonisa de Endor.



LA PYTONISA

DE ENDOR.

*Carmenque magicum volvit, et rapide minax
Decantat ore quidquid aut placat leves
Aut cogit umbras.*

(Senec. Edíp.)

OFRECEN nuestros libros santos tantas y tan variadas escenas, que aquella en que vamos á entrar en nada se parece á las que la han precedido, ni en fondo ni en coloridos. ¿Os habeis detenido alguna vez en un museo, delante de un cuadro de una energía terrible, de un color fuerte y sombrío, en el cual la figura de un viejo se levanta suave y poderosa á las evocaciones de una maga desgrefiada? El viejo, envuelto con su manto, acaba de salir de la tierra: en su semblante se descubre una majestad imperturbable, que los cuidados de este mundo rara vez dejan asomar en la fisonomía de los vivientes: su mirada estensa y llena de inteligencia, parece como empapada de los luminosos secretos de la tumba y del cielo. Contempla la maga con una sorpresa mezclada de pavor el súbito efecto de sus principados encantamientos, pues ella no ha con-

cluido su tarea. Está en pie junto á un inflamado trípode, y sus miembros se hallan en una contraccion violenta. Con un ramo de verbena en su izquierda agita la llama, y con su derecha la alimenta y la atiza, arrojando en ella nuevas sustancias. Un gefe guerrero cae en tierra, y fija en el viejo una vista curiosa y azorada, como si presintiese algun anuncio fatal. Dos oficiales le aguardan, mostrando una inquietud menos personal y menos viva: la misteriosa sombra es para ellos invisible, no ven mas que á la maga ocupada en las negras prácticas de su arte, rodeada de lúgubres fantasmas, de espectros informes, de aves de rapaña, de huesos humanos y de vampiros.

Esta muger es la Pytonisa de Endor; este anciano augusto es el profeta Samuel, que desde las regiones de la muerte, viene á hacer á Saul una suprema y triste revelacion. El pintor que, escojiendo esta escena ya de sí tan imponente, supo darle mayor realce aun por medio del vigor y aspereza del diseño, y por la fuerza y viveza del colorido, se llama Salvador Rosa, genio grandioso y de carácter selvático, que tanto en el mundo moral como en la naturaleza física, escoje los accidentes prodigiosos, los aspectos desolados y terribles, representándolos con facilidad y delicadeza y al mismo tiempo con enérgica originalidad.

Sabido es que la divinacion ó las artes divinatorias ocupaban un lugar muy considerable en la religion y en la confianza de los paganos. Habian éstos poblado el universo de inteligencias, para hacerlas presidir al desarrollo y á la marcha armoniosa de los séres; y por un gracioso giro de imaginacion, habian animado los diversos fenómenos de la naturaleza: y dando despues una realidad sustancial á estas quimeras, su razon engañada se habia hecho dioses de todas las fuerzas ciegas que influyen mas ó menos en la vida humana; y de ahí viene sin duda, que los sucesos mas insignificantes parecian una voz de la Divinidad, ó una señal de su presencia. El ruido del trueno, el vuelo y el canto de los pájaros, el murmullo de los bosques agitados por el viento, el estado de las entrañas de una victima, la aparicion de algun astro inesperado, palabras pronunciadas al acaso y sin designio, pasaban por la espresion de las disposiciones del cielo, y como en ellas se creia ver la censura ó la aprobacion de lo pasado, y los indicios ciertos de lo presente, creíase ver tambien la manifestacion del porvenir. El presentimiento y la ciencia de las cosas futuras llegaban tambien al hombre por otros muchos medios; los sueños no carecian de significado: habia palabras reveladoras en los labios del moribundo; y sujetas las sombras de los muertos á las evocaciones de la magia, venian á tener con los vivos un extraño coloquio, y á dejarles vislumbrar los rayos de una ciencia, por decirlo así, ultramundana.

Entusiasmo y credulidad en sus comienos, la divinacion no tardó en elevarse á la altura de un arte que se reducia ya á principios. Desde entonces hubo ya intérpretes titulados á quienes la multitud, ávida de prodigios, daba la investidura de su confianza y de su veneracion. En su origen estos adivinos habitaban en lugares retirados, en grutas sombrías, ó en tenebrosas cavernas; bien fuese que de las excavaciones de la tierra en tales puntos saliesen exhalaciones que sumiesen en la embriaguez y en el delirio, ó bien que en la profundidad y oscuridad de los antros fuesen indispensables para cubrir el fraude, y dar al sonido de la voz humana algo de sepulcral y de formidable; pero, andando el tiempo, sobre estos mismos selváticos peñascos, en lugar de una rústica cabaña, la supersticion erigió templos magníficos, á donde los reyes y los puel los acudian con respeto á interrogar el oráculo y á ofrecer los mas ricos presentes. Cerca de Delfos, en la falda de una colina y sobre un suelo sulcado y entreabierto, un pastor observó que sus ocrjas brincaban de una manera extraordinaria. El mismo, al acercarse allí, sentíase agitado de movimientos convulsivos, y poseído de vértigos, y salíale de la boca palabras llenas de entusiasmo. El ruido que metió esta maravilla, se divulgó por de pronto entre las comarcas vecinas, y luego despues mas allá de las fronteras de la Grecia. Creyóse generalmente que la caverna emanaba vapores proféticos, y acudióse de todas partes para buscar allí la noticia del porvenir, y trayendo al mismo tiempo grandes tesoros. Desapareció el pastor con su cabaña formada de ramas de laurel, y levantóse un monumento espléndido, obra de los mas distinguidos artistas, y una sacerdotiza venerable por su edad y por sus costumbres quedó investida del ministerio de la divinacion.

Es muy de notar que las naciones paganas, que en general habian abajado tanto á la muger, le confiasen, sin embargo, muchas funciones distinguidas, y sobre todo, el cuidado de anunciar el porvenir. Su naturaleza, en efecto, le hace particularmente propia para estos papeles de aparato, en los que se produce rodeado de prestigios algo de maravilloso. Puesta bajo la influencia predominante del sistema nervioso, su vida es toda de impresion; una estremada sensibilidad de órganos determina la movilidad de su imaginacion llena de fuego; los medios extraordinarios le agradan, la conmueven y la trasportan; cuanto mas susceptible es de entusiasmo, menos sabe defenderse de sus propias ilusiones, y mas propia es para servir á las ilusiones y cálculos de los demás.

Las mugeres que en la antigüedad idolatra tenian mision de revelar las cosas futuras ó de pronunciar los oráculos, como se decia entonces, se llamaban sibilas ó pytias. Pero hay muy notable diferencia entre estas dos

órdenes de profetizas, pues las sibilas median con su vasta y penetrante mirada la serie de todos los siglos y el destino de todos los pueblos, mientras que el ministerio de las pythas ó pytonisas se limitaba á tiempos ó á hechos determinados por Apolo, manera de dios que les enviaba sus conocimientos del porvenir, y les daba uno de sus numerosos títulos. Este nimen pasaba por haber muerto la serpiente Python que desolaba la tierra. La piel de este monstruo, colocada en el templo de Delfos, cubría el trípode á donde subían los sacerdotes para recibir la inspiración y pronunciar sus oráculos, y á la presencia de este trofeo debían el nombre de pythas ó pytonisas, que se extendió despues á todas las adivinas. En el fondo del templo, sobre una caverna cavada por la naturaleza misma en las faldas del Parnaso y de donde se exhalaban vapores sulfúricos, veíase el trípode fatídico. Allí se sentaba en determinando día la Pytonisa, despues de haberse preparado á sus funciones por diversas ceremonias. De repente parecía animarse bajo el imperio de un genio invisible. Mudado el color, alteradas las facciones, mirada ardiente y aterradora, eriza la crin, los labios convulsivos, un largo temblor, palpitaciones parecidas á las ondas que se mecen con un triste y profundo murmullo, todo anunciaba en ella un violento entusiasmo y le daba apariencias sobreluminas. Entonces hablaba en un lenguaje extraordinario y en frases entrecortadas: díjase que el poder mágico de sus secretos hacia volar en chispas rutilantes las formas ordinarias del lenguaje, al modo que se rompe un vaso en menudos trozos bajo la acción de un licor demasiado impetuoso. Estas respuestas eran recojidas con el mayor cuidado y dispuestas segun las leyes del ritmo poético: un trabajo secundario les daba un sentido corriente, que no siempre tenían al caer de los labios de la pythia. Además se evitaban las maneras de decir demasiado explícitas, pues una redacción vaga y ambigua, garantía discretamente el oráculo contra perenneces desagradables.

Antes de pasar á los bosques del Epiro y á las ciudades de Italia, estas imposturas, nacidas de una grosera credulidad y combinadas despues para servir á particulares ambiciones y á intereses generales, reinaban ya desde mucho tiempo en la Fenicia y en las orillas del Nilo y del Eufrates. Los israelitas, propensos á la superstición, y descarriados ya mas de una vez por sus recuerdos del Egipto, harto imitaron por desgracia las prácticas locas é impías de sus vecinos. Sin duda que algunas experiencias maravillosas, fenómenos que no se explicaban entonces por leyes naturales, quizás tambien el artificio de potestades invisibles, cuya mirada alcanza á mayor trecho y penetra mas hondamente que la del hombre, hicieron cobrar crédito á los magos y á los astrólogos. Además, el

papel de falsos profetas podía captarse alguna recomendación por su aparente semejanza con el ministerio de los profetas verdaderos, y no aparecerá tan difícil de comprender cómo los mismos judios cayeron en tales errores y extravagancias.

Prohibía la ley bajo las penas mas severas el consultar todos estos vanos y ridiculos charlatanes del porvenir. En los mejores dias de su reinado, y cuando seguía los consejos de Samuel, su maestro y amigo, Saul habia espulsado los magos y adivinos como una raza de hombres funestos, cuya ciencia ilusoria esparce el desorden en el seno de los Estados. Pero hay almas que se vuelven supersticiosas en su desgracia: debilitadas y heridas de vértigo, creen que todo lo maravilloso va á fijar sus resoluciones y á conjurar el peligro que amenaza. Abandonados de los hombres, vendidos por las circunstancias, desconfiando en sí propios, fórmanse una prudencia nueva, y piden á las fuerzas ocultas de la naturaleza lo que ya no esperan, ni del curso ordinario de las cosas, ni de los prodigios de su propio valor.

Tenia Saul turbado el corazón por la fortuna brillante de David, y le sabia providencialmente destinado al trono. La inocencia y la futura grandeza de este rival se levantaban ante sus ojos como una vision importuna. David, desterrado entonces y fugitivo, podia creerse aún muy distante del dia en que triunfara su causa. Pero de repente se desviaron las dificultades imprevistas por una de aquellas vicisitudes de que tantos ejemplos ofrecen las cosas humanas. Los filisteos, sin cesar en guerra con Israel, se pusieron en movimiento: sus tropas reunidas vinieron á tomar posición en Sunam, cubriendo toda la línea desde Afec á Jezrahel. Saul, por su parte, se apoderó de las alturas de Gelboe, que eran vecinas, y se extendió por el otro lado, frente á frente del enemigo, quedando separados los dos campos por el valle de Jezrahel. Al ver el ejército de los filisteos, Saul pareció olvidarse enteramente de haber manejado la espada con alguna gloria, y empezó á temblar con aquel miedo invencible que el cielo envía aun á las almas mas robustas, como el presentimiento de una próxima é inevitable catástrofe. Estaban observándose mutuamente tres dias habia. Saul consultó á Dios, ¿Era esto una pusilánime curiosidad? Mas lo que Dios exige de la criatura inteligente es obrar con valor en lo presente, y no arrojar sobre el porvenir una ociosa mirada. ¿Era con el designio de conocer y seguir sinceramente las órdenes de lo alto? Pero hay amenuendo en la vida de los hombres y de los pueblos un momento supremo en que toda su fortuna se dobla bajo el peso de las faltas pasadas: verdad es que á mas se les quita la libertad; pero ella entonces no halla en qué ejercer su actividad.

sino bajo ingratas condiciones: en tales casos, el mundo asiste al espectáculo de una asombrosa caída. Porque lo que Dios abandona nadie puede salvarlo; y los destinos que precipita con su potente mano, nadie es bastante á detenerlos.

Cerrado estaba el cielo: ninguna voz habia descendido para responder á Saul. En su desaliento, pues, dijo á sus criados: "Buscadme una muger que tenga el espíritu de Python: iré á consultar el espíritu por su medio, y sabré lo que me ha de venir." A pesar de sus severas órdenes contra los adivinos, habia perdonado la vida á las mugeres, limitándose á prohibir el ejercicio de su arte. Respondiéronle sus domésticos: "En Endor hay una muger que tiene espíritu pyónico." Este lugar no distaba mucho del campamento. Al llegar á la cima del Thabor y mirando hácia el Mediodía, se descubre á la izquierda de Naím Endor y las alturas del Gelboe casi en un mismo radio. Saul, llevando consigo á dos hombres, se dirigió hácia el pueblo de Endor, despues de haber dejado sus vestiduras reales y tomado el traje de un particular, sin duda á fin de que la maga tuviera menos reparo de entregarse al ejercicio de prácticas prohibidas por la ley y reprimidas por el monarca.

Llegó por fin el disfrazado rey en casa de la muger: nada podia descubrirle, pues, era de noche, y le dijo á la nigromántica: "Adiviname, por el espíritu de Python, y hazme parecer al que yo te dijere." Pero respondió ella: "Sabes bien cuánto ha hecho Saul para estirpar de todo el país los magos y adivinos: ¿por qué, pues, vienes á armarme un lazo para hacerme perder la vida?" Mas su interlocutor la animó, jurándole por el Señor, que no le vendria por ello mal alguno. Quería él á todo precio salir de su tenebrosa incertidumbre, como si la revelacion prematura de los goces y de los dolores que aguardan al hombre, le permitiera retardar á su sabor, ó precipitar el curso de los mismos. Y además, el anticipar los sucesos no es conjurarlos ni vencerlos; y el medio para prepararse provechosamente á lo que será, es poner con valor la mano á lo que es, y á los que en lo presente no hacen mas que deseos, el porvenir no traerá sino remordimientos.

La maga, contando ya sobre la impunidad prometida, preguntó á quién debía ella evocar. Acordóse Saul de Samuel, su protector y su consejero de otro tiempo: creyó con razon que la tumba no estaba sin eco, y que de una vida á la otra, los amigos podian comunicarse y responderse. La inmortalidad es un dogma de todas las religiones, porque es el derecho y la necesidad de todas las almas; y la creencia de los pueblos sobre este punto ha encontrado en la nigromancia misma una sombría pero enérgica espresion. Pues hay verdades que la ignorancia del espíritu

desfigura un momento; pero que el respeto del corazon protege sin cesar, y que, á pesar de todo, arrojan en el horizonte de la conciencia humana, una especie de luz indestructible, como el resplandor del dia que las nubes atenúan, pero que no pueden sofocar.

Dijo el rey á la Pythonisa: "Evoca á Samuel." Era una preocupacion comun en los antiguos, que al poder de las evocaciones mágicas, las almas de los muertos dejaban el lugar de su reposo, pero difícilmente y con dolor, y que era preciso calmarlos y obligarlos juntamente por el poder de los encantamientos. Los paganos, sobre todo, recurrían á prácticas estrañas ó crueles. Palabras prodigiosas, yerbas tristes y fúnebres, horribles bebidas, ritos ó ceremonias inauditas, derramamiento de sangre, huesos de cadáveres, todo esto era necesario algunas veces para despertar las almas dormidas en la muerte, y arrancarles una respuesta. Los mismos errores hicieron que penetrasen entre los hebreos, á corta diferencia, las mismas ceremonias. La Pythonisa confiaba sin duda en los secretos de su ciencia; y de otra parte la densa oscuridad de la noche y el espanto de Saul no podían dejar de ser muy favorables á la eficacia de sus prestigios. Arroja de repente un grande grito al ver la figura de Samuel. "¿Por qué me has engañado? Tú eres Saul."—"No temas, respondió el príncipe, ¿qué es lo que has visto?"—"He visto como un Dios, que se levanta de la tierra, dijo la muger, queriendo significar con estas palabras un personaje de aspecto majestoso y terrible."—"¿Y qué figura tiene?" repleció Saul. La Pythonisa respondió: "La de un varon anciano, cubierto con un manto." Saul no dudó de que el ilustre profeta habia por el momento salido de entre los muertos, y se inclinó hasta tocar el rostro con la tierra para honrarle.

Entretanto se lamentaba el espectro de que se le hubiese turbado en su reposo. "¿Por qué me has inquietado, haciéndome levantar de mi sepulcro por medio de evocaciones?" Escusóse Saul, y respondió: "Me veo en los mayores apuros: los filisteos me han declarado la guerra, y Dios se ha retirado de mí, y no ha querido responderme ni por sueños, ni por medio de profetas: á tí, pues, te he llamado para que me digas lo que debo de hacer." Entonces respondió la voz: "A qué viene el consultar conmigo, cuando el Señor te tratará en efecto como te predije yo de su parte: arrancará de tus manos el reino para traslerirlo á David, tu yerno, por cuanto no obedeciste á la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignacion de su ira exijia contra los de Amalec. Por esto te envía Dios lo que estás ahora sufriendo. Y hasta abandonará á Israel, como á tí mismo, á la espada de los filisteos. Mañana tú y tus hijos, estaréis conmigo en la mansion de la muerte, y el campo de Israel quedará

tambien entregado al furor de los enemigos." Nadie podia hacerse ilusion acerca del porvenir de Saul: bien sabia el cuán justas eran las inculpaciones que le hacia su antiguo amigo; y sin duda que al consultar á Samuel, esperaba mas bien oír funestas amenazas que prevenir un castigo merecido. Porque un príncipe, maldecido públicamente de Dios en una república teocrática, aun cuando no se hubiese visto abandonado por la mitad de sus vasallos, y poseído del miedo en el momento de batirse contra un enemigo fuerte y decidido, estaba en vísperas de una ruina inevitable. En efecto, el dominio supremo, la accion inmediata de Dios se dejaba sentir en los destinos sociales del pueblo hebreo, é imprimía una direccion en toda su conducta, y hasta puede decirse que tal era el carácter propio y distintivo de su constitucion política. Desde que el poder insultaba con descaro á las leyes, hombres investidos de una mision transitoria y alguna vez permanente, venian á levantar contra él el pendon de una oposicion sagrada; y si bien sus consejos no eran siempre seguidos, nunca resultaron vanos sus oráculos. Así, cuando Saul desconoció las órdenes precisas de Dios, cayeron sobre su cabeza palabras de reprobacion, y se le dió en la persona de David un rival y un sucesor: y desde aquel momento ya podia asegurarse que desaparecería cuanto antes en alguna formidable crisis; como un árbol á quien derribará el viento de mañana, porque hoy ha sido herido por un rayo.

Sea como fuere, prevista ó nó la respuesta del profeta, lo cierto es que produjo en Saul un prodigioso efecto. Sobrecojido por la mas viva emocion, pálido y despavorido, faltáronle las fuerzas, porque no habia tomado alimento en todo aquel día: cayó, pues, en tierra casi sin sentido. La Pytonisa acudió donde él estaba, y le dijo: "Ya ves que tu esclava te ha obedecido, esponiendo mi vida y dando crédito á tus palabras; ahora, pues, escucha tambien la voz de tu sierva, y permíteme que te ponga delante un bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas regresar á tu destino."—"Nó, yo no comeré," contestó Saul en su profundo abatimiento. Sin embargo, á vivas instancias de sus dos servidores y de la muger, levantóse del suelo, y sentándose sobre una cama ó tarima, aguardó el desayuno que se le preparaba. Tenia la maga en su casa un cordero cebado, y fué corriendo y le mató, y tomando harina la amasó y coció unos panes sin levadura, y lo presentó todo delante de Saul y de sus criados. El rey, pues, y sus compañeros, tomaron algun alimento antes de volver al ejército. Partieron luego y anduvieron toda aquella noche.

¿Debemos pensar que Saul fué víctima de los artificios de otro y de su propia credulidad, ó bien que Samuel se le apareció realmente? Lo

que motiva la duda en esta parte, es que los intérpretes de la Escritura, andan divididos en opinion: y que la Iglesia no ha fijado dogmáticamente el espíritu de los fieles sobre el verdadero sentido del relato bíblico.

Por una parte nadie dirá que el escritor sagrado sea muy esplicito, ni que su testo ofrezca una dificultad que debe necesariamente tener su desenlace en un prodigio. Así, cuando dice, de paso, que la Pytonisa vió á Samuel, ¿lo hace para conformarse con el lenguaje y opinion comunmente admitidos, ó bien para espresar una realidad, y dar él mismo la medida de su propia conviccion? Quizá se propusiera tan solo dar cuenta de las apariencias, y no pronunciar su fallo sobre el hecho en sí mismo. En este último caso, la imaginacion ó la astucia de la adivina, hubiera corrido con todos los gastos de la escena, á la cual hubiera dado todo el valor la simplicidad del rey; y de otra parte, no es difícil comprender cómo Saul en su desgracia hubiera podido ser engañado por una nigromántica. Todo el mundo está en el concepto de que las cosas visibles están ligadas con las invisibles por un lazo oculto y permanente. Por mas que el hombre halle un placer en nutrir en sí mismo un sentimiento de orgullosa independencia, todo le advierte sin embargo que se halla dirigido y gobernado por una fuerza superior, y ved ahí por qué su alma se halla naturalmente abierta á la idea de lo maravilloso. El infortunio mas que todo despierta y desenvuelve en él este instinto poderoso, á manera de un naufrago, que asiéndose de los mas frágiles restos del naufrago, tiene la esperanza de encontrar allí la salud. Y, ¿cosa admirable! los espíritus fuertes, los siglos cultos y sabios no se hallan tan distantes como se cree de las vanas supersticiones y de las prácticas ridiculas y pueriles; porque en general, hay mas propension de ser crédulo con la mentira cuando mas se ha llegado á ser incrédulo con la verdad. No hay aún dos siglos que la astrologia tenia en muchas naciones civilizadas de Europa numerosos partidarios, aun entre las clases superiores é ilustradas.

Por otra parte, nada impide, segun otros escritores, que se tome al pié de la letra el testo de la Escritura. Siguiendo su parecer, los ángeles malos, que al caer del cielo perdieron la felicidad, sin perder empero sus naturales formas, presentaron á los ojos de la maga un fantasma puramente ilusorio, vana apariencia destinada á mantener los ánimos en un pernicioso error; ó quizás tambien, prescindiendo de toda mágica operacion, Dios, por uno de los consejos de su providencia, hubiera enviado al endurecido Saul el alma de Samuel revestida de una forma sensible, para dar al desgraciado príncipe su último aviso, así como de un modo parecido se sirve de los sucesos ordinarios para recordarnos su poder y su justicia. Bien que no por esto debamos admitir, que el país de la luz,

morada de los justos, se inmute ó altere por los encantamientos de la magia, ó bien obedezca á la curiosidad de espíritus supersticiosos, ni que el globo terrestre cese nunca de ser gobernado por leyes sabias que tienden á prevenir y á reparar el desórden, lejos de autorizar el error y consagrar el mal, doblegándose á los descarríos de la libertad. Sea hombre, sea espíritu maligno, lo que escapa de la regla no por esto la destruye; la Sabiduría Divina resplandece en rayos de llama por sobre las imperfecciones de la criatura, cuyos depravados esfuerzos no pueden conseguir otra cosa sino manifestar á todas luces que la Providencia ha trazado con mano indestructible el plan de sus designios, cuyas líneas no alcanzan á traspasar las locuras ni los crímenes de sus criaturas. Cuando una tormenta, arrastrando sobre la superficie de la tierra, nos priva del resplandor del día, y derriba y arroja á gran distancia las obras de nuestras manos, en la profundidad de los cielos el sol continúa brillando bajo su manto de luz, y las estrellas siguen pacíficamente sus armoniosas revoluciones.

Saul y sus compañeros habian tomado en Endor un alimento precipitado. Volvieron, pues, con presteza á unirse con su ejército, y pudieron llegar aun antes del día. Sea resignacion ó desespero, el príncipe volvió á encontrar en aquel momento supremo un resto de su antigua energía: morir con sus hijos al frente de sus tropas era la única senda de gloria que se abría delante de él desde aquel instante: en ella, pues, entró decididamente, á fin de preservar así de una postrer infamia el lustre de su nombre. Hay bienes, en efecto, que valen mas que nuestra vida, y que por esto Dios ha colocado bajo la guarda inespugnable de la libertad humana, la cual puede siempre cubrirlos con su propia inviolabilidad y sustraerlos de este modo á los insultos de la fortuna: como aquellas substancias formidables que se echan en unos receptáculos de cobre, para hacerlos servir á los juegos de la guerra ó á los prodigios de la industria, pero, que, no consintiendo trabas sino hasta una medida dada, rompen y dispersan todo lo que intenta comprimirlos ciegamente.

No tardaron en tener su cumplimiento las palabras de la Pytonia. Sabida es ya la sangrienta catástrofe de que fué victima casi todo el ejército de Israel, que huyó delante de los filisteos, á los que tantas veces habia vencido. Vimos ya la firmeza de Saul en sufrir sobre su persona todo el peso del combate, y que resistiéndose su escudero en obedecerle para darle la muerte, el mismo se arrojó sobre su propia espada, asaz valiente para morir, pero demasiado débil para sostener hasta el fin la prueba de su infortunio inmenso. Vimos tambien la crueldad de los vencedores en colgar del templo de sus falsos dioses los restos ensan-

grentados de Saul y de sus hijos, y la bravura respetuosa de los hijos de Jabes en arrancarlos con peligro de su vida de las manos de los incircuncisos para tributarles los supremos honores. Vimos asimismo el castigo que dió David al amalecita que vino á noticiarle la muerte del rey y de sus hijos, y que alegaba por mérito el haber dado á Saul el último golpe para ayudarle á morir mas pronto. Habia entonces, como hay ahora, adoradores de todos los soles que se levantan; hombres á quienes el mas imprevisto suceso halla siempre de rodillas delante del afortunado, y que solo tiemblan de no humillarse aun lo bastante á su presencia: almas mezquinas y abyectas, dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas, y prestar vasallaje al nuevo ídolo; las revoluciones en sus vaivenes casi continuos, en sus conmociones inmensas, arrojan de esos hombres á sus orillas, como el mar escupe los cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy del ídolo que ayer adoraban. Llámanse hombres de circunstancias, y abundan y aumentan en número, á medida que el helado egoísmo reemplaza el entusiasmo del honor, y el ciego y versátil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia, que si bien abría á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazon, como la muerte de su rey y una gran calamidad pública. Gloriábase aquel de haber cometido un sacrilegio, como de un acto meritorio. Pero halló su merecido, cuando David, señalándole la muerte como premio de su accion, le dijo: "Tu boca ha dado testimonio contra tí cuando has dicho: He muerto al Ungido del Señor." Porque entre los judíos, los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado.

Vimos por último el canto fúnebre con que espresó David su dolor públicamente en la muerte de Saul y de Jonatás: canto notable por aquella concision enérgica y sublime con que el alma de un héroe celebra la muerte de otro héroe; dolor majestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y de ternuras, y en el cual se percibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osian á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven.

Todo Israel repitió este himno, espresion del público sentimiento, y elogio legitimo de Saul. Este príncipe tuvo en efecto eminentes calidades: mostróse hasta el fin de su vida intrépido y liberal. Pero en cambio, su muerte quedó en la historia religiosa del mundo como una lección

dada á todos los poderes que, tránsfugos de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro invisible, la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Qué hay en la supersticion, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, un castigo reservado coje algunas veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios, ó en suprimir su intervencion en el mundo: y entonces su caída toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes, que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos.

Para conclusion de las tétricas escenas de Endor, nos ha parecido muy al caso trasladar aquí la escena III del acto IV del *Saul* de la señora de Avellaneda, que en tan bellos como valientes rasgos las describe. En esta reproduccion deseamos que la distinguida escritora no vea mas que el aprecio que su bien acabada produccion nos mercede. A mas de que, nadie sabrá pintar mejor á una muger, que una muger misma.

ESCENA III.

SAUL. LA PYTONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira, y al final la sombra de SAMUEL.*

Pytonisa.

(*Se oye su voz antes de salir en la escena.*)

¿Por qué arrancarme á mi pesar!
de mi triste mansion? . . . ; Dejad que huya!
Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbre me importuna,
y pronto debe aparecer triunfante.
¡Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
es el imperio de la eterna noche;
mas en ella se enciende, sin que luzca
para profanos ojos, luz de ciencia,
sol misterioso que jamás se anubla.

Abner.

Pronto á tu asilo volverás, mas debes
pruebas dar de la ciencia en que se funda
tu justo orgullo. (*Vase, señalándole á Saul.*)

Saul.

Llega: yo te aguardo:
¿Sabes quien soy, muger?

Pytonisa.

El que con ruda
violencia aquí me arrastra, solo dijo
que eras guerrero de modesta alcurmia:
mas sé tu nombre.

Saul.

¡Dilo! de tu ciencia
esa señal me dá.

Pytonisa.

Si de ella dudas,
¿por qué; Saul! á tu presencia vengo?
Tú, que en un tiempo con insana furia
á mis tristes hermanos perseguías,
¿por qué me llamas hoy?

Saul.

No he sido nunca
el enemigo de la ciencia: cuando
los magos perseguí con saña injusta,
era instrumento de envidiosa raza
que gobernaba mi razon ilusa.
Los sacerdotes y Samuel, lanzando
contra vosotros pérvida calumnia,
estendieron la voz de que el infierno
vuestro acento dictaba.

Pytonisa.

Solo es una
la gran cadena de los séres: toca
un extremo á la nada, y la otra punta
en el ciclo se pierde. ¿Quién las llaves
tiene del porvenir, ó quien usurpa
derechos del que guarda en lo infinito
el foco eterno de sapiencia suma?
 Toda voz es de Dios, si verdad habla.

¿Qué voz pudiera semejar la suya?
 Cuando esa voz esplica los arcanos
 á par el cielo y el infierno escuchan;
 que ella en la inmensa creacion resuena,
 y de la cumbre hasta al abismo cruza.

Saul.

Poco me inquieta ya que el cielo sea,
 ó el infierno quien oiga mi consulta.
 Haya un poder contrario á mi enemigo,
 y á él se liga Saul.

Pytonisa.

¿Mas qué te impulsa,
 mísero rey, á conducir mi mano
 con loco empeño á la funesta urna
 donde el destino sus secretos guarda?
 A esa fatal curiosidad renuncia:
 ;Yo te lo ruego!

Saul.

(*Impaciente*). Si apariencia solo
 no es tu vasto saber, ¿cómo te excusas
 de ostentarlo ante mí?

Pytonisa.

;Rey desdichado!
 ;no está mi alma de piedad desnuda!

Saul.

Penetro tu intencion: amedrentarme
 presumes con imágenes confusas
 de fingido terror, y escapar piensas
 sin que patente sea tu impostura.
 ;Mas no lo has de lograr! confiesa al punto
 tu ignorancia, muger, si no pronuncias
 lo que saber pretendo.

Pytonisa.

;Tú lo quieres!
 ;Y bien, rey de Israel! ¿qué me preguntas?

Saul.

El odioso rival que hallar anhelo,
 ¿en qué confin recóndito se oculta?

Pytonisa.

Cerca de tí respira.

Saul.

¿De mí cerca
 puede hallarse David?....

Pytonisa.

Sus huellas busca
 en la tierra que pisas.

Saul.

¿No me engañas?

Pytonisa.

No te engaño, Saul.

Saul.

;Oh! ya columbra
 mi mente la verdad. Del filisteo
 se hace amigo el traidor: ;le presta ayuda,
 y se introduce como vil espía
 de su pueblo en el campo!

Pytonisa.

;Tú lo juzgas,
 que no yo, rey!

Saul.

;Allí, donde se encuentra
 ansiaba hallarle mi furor! ;Ocupa
 un puesto digno de su escelsa gloria!
 ;Oh! ;que al incircunciso se reuna!
 que con él venga á disputarme el cetro;
 ya mi impaciencia á su pereza acusa!

Pytonisa.

;Si! ;le verás por tu desgracia tarde!

Saul.

¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!

Pytonisa.

¡Qué horrible suerte!
El negro espanto mi garganta anuda!...
Un helado sudor cubre mis miembros...
¡Oh, qué cuadro fatal!...; mi vista ofusca
denso vapor de sangre!...; Deja, deja
que á lo mas hondo de mis antros huya!

Saul.

¡No! ¡que esplicarme sin misterios debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!

Pytonisa.

¡No lo intentes jamás, padre infelice!

Saul.

¡Pytonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya: tiembla si escede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!

Pytonisa.

¿No retumban
allá en tu corazon las roncás voces
que pronunció su boca moribunda?

Saul.

¡Samuel! (*Estremeciéndose.*)

Pytonisa.

¡Cayó, cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente régia: allí se ostenta!
(*Saul lleva maquinalmente su mano á la frente, y la deja caer sobre su pecho.*)
Si, tu mano la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,

cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Es ya tarde, Saul! La enorme suma
se completó de tus delitos. Llega
el momento cruel: ¡fuerza es que sufras
la horrible expiacion!

Saul.

¡Oh! si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

Pytonisa.

¿Quiéres que acuda
á atestiguarla un muerto?

Saul.

¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!
¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

Pytonisa.

¡Tiembla, infeliz, si accedo á tu demanda!

Saul.

¡Tiembla por tí, ¡muger! si lo rehusas!

Pytonisa.

¡Lo quieres!

Saul.

¡Te lo mando!

Pytonisa.

¡Desdichado!
¿Ves esa roca estéril, negra, ruda,
como tu corazon? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe augusta
muy pronto envueltos yaceréis.

Saul.

¡La prueba!

Pytonisa.

(Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estruñece y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.)

Ven á buscarla ; rey ! . . . ¿ de qué te asustas ?

Saul.

Estos escombros que á mis plantas ruedan
anhelan sepultarme . . . ; se acumulan !
; Suelta, hija del infierno ! . . . ¿ qué pretendes ?

Pytonisa.

Próbarle mi verdad, pues de ella dudas.
; Alza los ojos, rey !

Saul.

(Cayendo de rodillas.) ; Samuel !

Pytonisa.

; Su sombra
se alza á prestarme testimonio : escucha !
(Desaparece por entre las peñas.)

Saul.

; Samuel ! ; Samuel ! ; oh sombra despiadada !

Sombra.

; Rey de Israel, hollando estás la tumba
de tu estirpe infeliz : te están llamando
las victimas de Nobe con voz muda,
y á encontrarlas irás apenas se alce
el nuevo sol que en el Oriente apunta !

(La sombra vuela á velarse y desaparece. Saul arroja un hondo gemido y queda sin sentido.)

